Para ella tal vez un simple día, para mí el día en que cambio mi vida. Ese día no lo sabía, pero lo sentía, pues bastó una de sus sonrisas para hacerme querer saber de ella todo el día.

Y entre más la conocía, más en ella me perdía y de su ser, mi alma esclava se volvía. Y entre juegos y sonrisas mi corazón la empezó a querer, de una forma tan extraña, que nada quería entender, pero ya no importaba, no podía hacer nada, pues el sentimiento estaba a flor de piel.

Pues la maldita confusión de ella me apartó, y de un oscuro silencio a mi corazón prisionero lo volví. Me volví un completo mentiroso, me preguntaba por ella todos los días, y yo le respondía que de ella nada sabía, que sería mejor que la olvidara, porque ella era tan hermosa y fugaz como las estrellas de un cielo despejado, que bajo la luz de la luna iluminan y enamoran a los más tontos corazones y luego solo desaparecen, dejando a su paso las marcas de que a este tonto corazón, con una hermosa estrella un día se topó, que la pudo mirar muy de cerquita, que la pudo sentir, pero que en ese momento la tenía que dejar ir.

Necio corazón que día y noche no hacía más que preguntarla, necio corazón que no hacía más que recordarla, -qué no entiendes que me duele? Qué no ves como llora el alma? Ya no más por favor, entiende de una buena vez que ha esta estrella, no la puedes tener. Y sumido en un mar de lágrimas al todo poderoso clamé, que la próxima vez que mirara el firmamento, a esa hermosa estrella me permitiera volver a ver, porque este necio corazón que en mil pedazos se rompió, estaba dispuesto a amarla sin temor a perder, puesto ya lo habían destruido una vez, ya el dolor sabía conocer, y por ella, su estrella, se la quería jugar otra vez.